

1^o
julio

Como nosotros perdonamos a nuestros deudores

.....

“Entonces, llamándolo su señor, le dijo: ‘Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conserivo, como yo tuve misericordia de ti?’”

(Mateo 18:32, 33).

Tan solo tenía doce años, pero sentía una enorme curiosidad por saber cómo era aquella iglesia protestante que, desde hacía unos meses, frecuentaba mi hermano Adolfo. Yo ardía en deseos de ir con él, pero me consideraba aún pequeño. Sin embargo, esperaba la ocasión propicia y, un día, llegó. Mi hermano iba a participar en una representación de teatro en la iglesia, le habían asignado el papel de rey, así que le pregunté si podía acompañarlo. Adolfo accedió y así se produjo mi primer contacto con la Iglesia Adventista de Zaragoza. Me recibieron unos jovencitos de mi edad y me trataron tan bien que decidí no perder aquellas amistades, que aún conservo más de sesenta años después.

Aquella representación teatral era la parábola de los dos deudores; yo jamás había escuchado esa historia, y quedé muy impresionado. El rey tenía un deudor que le debía una inmensa fortuna y, como no la podía saldar, se la perdonó. Pero al deudor del rey, un conserivo le debía una suma infinitamente inferior y, como tampoco la podía saldar, lo metió en la cárcel. El rey lo supo, se enfadó muchísimo y no condonó la deuda a su deudor. ¿Acaso el perdón divino depende de nuestro perdón?

En esta parábola, el rey perdona la deuda inconmensurable sin condiciones, pero el primer deudor no ha comprendido la realidad ni el alcance de ese perdón. No se trata de interrogarte, ¿he perdonado lo suficiente como para que Dios me pueda perdonar a mí? Más bien, la pregunta ha de ser, ¿entiendo que el perdón que pido a Dios es el mismo perdón que mi prójimo espera de mí? ¿Sé lo que estoy pidiendo?

El perdón es más que conseguir la paz de la conciencia. El perdón divino nos compromete, no puede estar inactivo un solo instante, no puede permanecer en mí sin pasar a mi hermano. En realidad, no podemos pedir: “Perdónanos nuestras faltas”, sin añadir inmediatamente, “y concédeme la gracia de perdonar como tú nos perdonas”. Yo no entiendo ni creo en el perdón que imploro si este no ha arrancado de mi corazón el resentimiento y el odio. Esta petición del Padrenuestro es, sin duda, la más importante con respecto a nosotros mismos; pero es, al mismo tiempo, la mayor exigencia que nos obliga a ser coherentes y perdonar a nuestros deudores.

Hoy es tiempo de perdonar y vivir sin rencores. No lo dejes para mañana.

No nos metas en tentación

.....

2
julio

“No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla”
(1 Corintios 10:13).

Antes de saber exactamente qué es lo que Cristo quiere decir en esta petición del Padrenuestro, debemos aclarar el significado de dos términos: el verbo *eisenegkes*, traducido generalmente por “meter”, “inducir”, puede también significar “dejar caer”; y el sustantivo *peirasmón*, traducido por “tentación”, significa originalmente “prueba”. Así pues, una correcta traducción de la frase sería: “No nos dejes caer en la prueba”. Esta traducción es acorde con Santiago 1:13: “Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie”. Pero si bien es cierto que Dios no es el agente de nuestras pruebas, nada escapa al control de la voluntad divina. “No nos dejes caer en la prueba” significa, por consiguiente, que reconocemos la dirección de Dios en nuestras vidas. Elena de White dice: “Aunque la prueba no debe desalentarnos por amarga que sea, hemos de orar que Dios no permita que seamos puestos en situación de ser seducidos por los deseos de nuestros propios corazones malos. Al elevar la oración que nos enseñó Cristo, nos entregamos a la dirección de Dios y le pedimos que nos guíe por sendas seguras” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 100).

Hasta que llegue el reino de Dios, seguimos viviendo en un mundo de tentación y de prueba. En esta petición Dios quiere que no olvidemos la realidad del planeta. Somos tentados por todo lo que ocurre contrario a la voluntad de Dios: por el poder de las tinieblas, de la mentira y de la violencia; por el poder del odio, de la enfermedad y del sufrimiento; somos tentados por el poder de la iniquidad. Todo ello pone a prueba nuestra fe en la bondad y la soberanía de Dios. Pero también la bonanza, la paz y la tranquilidad pueden convertirse en una tentación peligrosa, no porque nos induzcan a dudar, sino a olvidar a Dios. Sería una victoria del tentador si llegase a instalarnos en un estado en el que no necesitemos velar o combatir contra la tentación.

Con la expresión “no nos metas en tentación” estamos mostrando que podemos tener confianza. Dios está al timón de nuestras vidas y “no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla”.

No cedas hoy a la tentación. Jesús te ayudará.

Líbranos del maligno

*“No hablaré ya mucho con vosotros,
porque viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí”
(Juan 14:30).*

El término griego *poneron* se aplica tanto al mal en general como al maligno. Aunque esta petición, “líbranos del mal”, está unida a la anterior en el Padrenuestro, tiene un alcance mucho mayor: primero, pedimos que Dios controle nuestras pruebas; ahora suplicamos que nos libre del maligno. No podemos pedir a Dios que nos libre totalmente de las tentaciones menores porque, a menudo, forman parte de la pedagogía que el cielo usa en la formación de nuestro carácter. Dios permite esas pruebas para ayudarnos a madurar espiritualmente y a confiar más plenamente en él. Pero lo que aquí pedimos es la liberación de la tentación mayor, de la amenaza que no implica solamente un peligro pasajero o una corrupción momentánea, sino la caída total; es decir, el dominio ilegítimo, incomprendible e inexplicable de aquel a quien la Escritura llama Satanás. Nosotros, como criaturas humanas, no podemos hacer nada contra él, no tenemos defensa ante su poder. Dios es superior al maligno; pero nosotros, no. Y sabemos que allí donde Dios está ausente y no es el Soberano, es el otro quien domina y sigue engañando y proponiendo a sus víctimas, “seréis como dioses”.

No se trata de una simple liberación. La seducción diabólica nos impide ver que somos sus esclavos, que estamos bajo su dominio. El mayor peligro para un hijo de Dios es caer en esa situación en la que la influencia del espíritu del mundo y las directrices insinuantes del maligno llegan a ser algo inconsciente, una situación en la que fácilmente se pueden confundir los valores cristianos con los terrenales. La tentación mayor consiste en hacernos amar nuestra esclavitud, en ignorar nuestra verdadera condición espiritual.

Pero nuestra liberación del maligno ya está asegurada y cumplida. No es una posibilidad o una conjetura, sino un hecho. Es el don de Aquel que vino a este mundo, ocupó nuestro lugar, resistió a la tentación y venció al diablo. Dios no intervino desde la altura de su poder infinito, sino desde el fondo de la debilidad humana. La liberación no consistió en un rayo del cielo que fulminó a Satanás, sino en esa vida que Dios vivió por nosotros en su Hijo, en esta tierra; fue la existencia terrestre de Jesús, sobre quien las fuerzas del mal no ejercieron ningún tipo de dominio. Como nos dice el apóstol Pablo, Jesús “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Heb. 4:15).

No es ineludible que Satanás gobierne tu vida. Jesús puede liberarte hoy.

Tuyo es el reino, el poder y la gloria por todos los siglos

4
julio

“Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos”

(1 Crónicas 29:11, 12).

Todas las evidencias textuales de que disponemos muestran que la doxología con la que termina el Padrenuestro no pertenece a la oración original de Jesús, sino que fue añadida más tarde como expresión del espíritu de adoración con el que la iglesia primitiva recibió y guardó las palabras del Maestro. Tanto en el Antiguo Testamento, particularmente en los Salmos, como en el Nuevo Testamento, sobre todo en las Epístolas de Pablo, encontramos estas fórmulas de oración litúrgica que reconocen y celebran la gloria de Dios.

Después de haber expresado nuestra petición de pan y perdón, de rogar auxilio divino en las pruebas y en la liberación del poder del maligno, tenemos que volver de nuevo nuestro rostro hacia Aquel a quien imploramos. Al final de la oración, como un acto de reverencia, hemos de afirmar nuestro reconocimiento de la Deidad y del misterio de su soberanía.

Hay dos peligros al orar: uno, el de no pensar lo que decimos y repetir como autómatas las fórmulas rutinarias que hemos aprendido; el otro, mucho más general y sensible, es el de no pensar en el Ser a quien nos dirigimos. La mejor oración puede ser, sin percatarnos de ello, aquella en la que el creyente desahoga su corazón ante el Padre celestial y busca encontrar alivio. La oración que agrada a Dios es aquella que tiene en cuenta la presencia real del Señor, aquella en la que establecemos un diálogo con él.

“Tuyo es...”, reza el Padrenuestro. “Tuyo es...”, oró el rey David. Nuestra existencia auténtica le pertenece, está contenida en ese “Tuyo es...” Lo que somos o lo que podremos llegar a ser, gracias a la satisfacción divina de nuestras peticiones y súplicas. Todo en el mundo de hoy, de mañana y de pasado mañana, depende del reconocimiento admirado y de la certeza prodigiosa de que la magnificencia, el poder, la gloria, la victoria y el honor, así como el reino, las riquezas y la fuerza proceden de nuestro Padre celestial.

Hoy te invito a reconocer la soberanía divina en tu vida. Recordarlo te ayudará a enfrentar mejor los afanes de este día.

Amén

.....

*“El Amén, el testigo fiel y verdadero,
el Principio de la creación de Dios...”*
(Apocalipsis 3:14).

“Amén” es una palabra hebrea que pasó al ritual de la liturgia de los israelitas primero, y al de la iglesia cristiana después, como expresión de la afirmación sincera, el fervor, la sumisión y la certeza de la congregación en la oración y la alabanza. Contiene las ideas de firmeza, fundamento sólido, aquello en lo que se puede tener confianza. En el Antiguo Testamento, la palabra “amén” es tanto un asentimiento ante una proclama de maldiciones (Deut. 27: 14-26), como una respuesta de la audiencia a salmos cantados en el culto del templo (Sal. 41:13). Entre sus diversos significados podemos citar ‘así sea’, ‘ciertamente’, ‘que tu palabra se cumpla’, ‘es seguro’, ‘es verdadero’, ‘es válido’ y, por consiguiente, ‘es vinculante’. El amén se usaba tanto en el lenguaje común, como en el jurídico y en el teológico: en las ceremonias de juramentos, en los pactos y alianzas, como partícula enfática para identificarse con la palabra de otro, para confirmar una decisión comprometiéndose con la misma y, simple o duplicado, la comunidad cultural se identificaba con el que recitaba la oración pronunciándolo cuando este prorrumpe en palabras de alabanza.

En el Nuevo Testamento, el amén era usado en la sinagoga. La asamblea saludaba con él la alabanza o la lectura de la ley. Jesús y sus discípulos han encontrado el amén ritual en el culto de la sinagoga y así pasó al culto cristiano, donde se ha perpetuado como una palabra litúrgica universal. En el Nuevo Testamento sigue a las doxologías y a las oraciones de Pablo, concluye el Padrenuestro, se usa como palabra final de la mayoría de las Epístolas, y en el Apocalipsis aparece como término litúrgico de confirmación de alabanzas y promesas en el cielo y en la tierra. Jesús, en los evangelios, lo utiliza antecediendo sus afirmaciones más solemnes: “De cierto os digo”.

El Dios del amén del profeta Isaías (65:16) y el Amén, el Testigo fiel y verdadero del Apocalipsis, es la encarnación misma de la verdad que se dirige con un mensaje especial a nuestra iglesia, los laodicenses. Nos invita a aceptar e identificarnos, con toda sinceridad, con la oración modelo pronunciando el amén final, asertivo, confirmatorio, vinculante, que nos asocia y compromete con su providencial cumplimiento.

Hoy, cuando ores y termines tu plegaria con un amén, puedes tener la certeza de que hay un Dios en los cielos que está atento a tus súplicas para conducir tu vida por el mejor camino.

Basta a cada día su mal

.....

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal”

(Mateo 6:33, 34).

6
julio

Las enseñanzas acerca de la confianza en Dios ocupan buena parte de la Biblia. Antes de concluir el sermón de la montaña, Jesús hizo mención del cuidado que Dios tiene de las aves y las flores, aplicándola a la implícita confianza que el creyente debe tener en él: “¿No hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No os angustiéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?’”, porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas” (Mat. 6:30-32).

Pero la inquietud por las necesidades básicas de la vida, la incertidumbre sobre cómo satisfacerlas en períodos de escasez, el deseo de asegurarnos un futuro próspero, todo esto es absolutamente lícito y conveniente en un mundo inestable donde las crisis pueden cambiar en pocos días el estado del bienestar por condiciones de precariedad. Entonces, ¿cómo articuló Jesús la confianza en Dios con estas lógicas y legítimas preocupaciones del creyente? Lo que Jesús nos quiso enseñar se resume en tres principios:

1. Hemos de evitar la angustia, la inseguridad y la desconfianza nacidas de la incredulidad. Somos creyentes, tenemos nuestra vida anclada en las promesas de Dios y, aunque la situación se muestre sin salida aparente, podemos recordar lo siguiente: “Todo el cielo está interesado en nuestro bienestar. No debemos tolerar que las perplejidades y las congojas cotidianas corroan nuestra alma y ensombrezcan nuestro semblante” (*El camino a Cristo*, p. 122).
2. Procuremos resolver el día a día sin que el afán por los problemas de mañana nos sobrecargue. “El fiel cumplimiento de los deberes de hoy es la mejor preparación para las pruebas de mañana. No amontonemos las eventualidades y los cuidados de mañana para añadirlos a la carga de hoy” (*El ministerio de curación*, p. 382).
3. Buscar de todo corazón al Señor y poner nuestras vidas en sus manos. “Los que aceptan el principio de dar al servicio y la honra de Dios el lugar supremo, verán desvanecerse las perplejidades y percibirán una clara senda delante de sus pies” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 297).

Solo por hoy decide ser feliz. Disfruta las alegrías que el cielo te da. No te angusties por el día que aún no ha llegado porque hay un Dios en los cielos...

7
julio

Vino nuevo en odres viejos

.....

“Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán. Pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar, y lo uno y lo otro se conservan. Y nadie que haya bebido del añejo querrá luego el nuevo, porque dice: ‘El añejo es mejor’ ”
(Lucas 5:37-39).

La respuesta de Cristo a la cuestión del ayuno plantea el choque entre el judaísmo y el cristianismo, las viejas tradiciones y las nuevas que tratan de implantarse, el inveterado problema de los cambios en el medio religioso, la renovación que exigen los nuevos tiempos. Pero nos preguntamos: ¿son necesarios los cambios en la iglesia? ¿Qué es el vino nuevo? ¿Qué son los odres viejos?

El vino nuevo es el contenido, el mensaje, aquello que destacamos de la doctrina, es decir, la verdad presente. El vino nuevo no es necesariamente nuevo en el sentido de diferente. La palabra griega *neós*, significa ‘nuevo en el tiempo’, ‘reciente’, ‘moderno’, no nuevo en naturaleza. Elena de White afirma: “La enseñanza de Cristo, aunque representada por el nuevo vino, no era una doctrina nueva, sino la revelación de lo que había sido enseñado desde el principio” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 245).

Los odres son el continente, las estructuras, el lenguaje definitorio, los métodos, las tácticas e instituciones en los que conservamos el mensaje. Los odres envejecen y devienen frágiles, inservibles para contener el vino nuevo. Por eso necesitamos odres nuevos, los cuales representan las nuevas estrategias, los nuevos recursos y medios, las nuevas formas y estructuras; son nuevos, *kainós* en el original, en calidad y naturaleza; son diferentes y exigen renovación y cambio en las actividades y planes. Y es curioso, el vino añejo, del que solo habla el evangelista Lucas, es bueno, es incluso mejor y gusta porque es un referente que nunca debemos olvidar y porque de él ha surgido el nuevo.

Los cambios son necesarios, pero solo del continente del mensaje, no del contenido. Por el contrario, en un tiempo de pérdida de identidad, debemos proteger la nuestra. Es un error grave definir los signos de identidad con aquellas prácticas o estructuras que, por naturaleza, son cambiables. La identidad debe estar determinada por las doctrinas que creemos y por los principios que vivimos. Lo que define una identidad no es el continente sino el contenido.

Los signos ideológicos de nuestra identidad nunca deben cambiar; pero todo lo demás, puede y debe cambiar.

Recuerda que Dios te puede ayudar a eliminar aquello que no es necesario en tu vida y a integrar lo que sí lo es.

El que no está conmigo está contra mí

*“El que no está conmigo, está contra mí;
y el que conmigo no recoge, desparrama”*
(Mateo 12:30).

8
julio

Hay dos declaraciones de Jesús en los evangelios que, a primera vista, parecen contradictorias entre sí: “El que no está conmigo, está contra mí” (Mat. 12:30) y “el que no está contra nosotros, por nosotros está” (Mar. 9:40). ¿Significan ambas lo mismo aunque dicho de distinta manera? ¿Se contradijo el Maestro? ¿Son los dos asertos válidos y verdaderos? Digamos, en primer lugar, que el contexto de ambas es completamente diferente. La primera pertenece a las polémicas mantenidas por Jesús con los fariseos, quienes atribuían sus milagros al poder del maligno. Jesús subraya en su respuesta la imposibilidad de pelear contra el demonio siendo súbdito suyo, y después, por analogía, hace una aplicación al discipulado. La segunda se produce en un contexto doméstico. Jesús quiere corregir el concepto equivocado que tenían sobre los criterios de autenticidad del discipulado. En síntesis, lo que Jesús quiso dar a entender con estas aseveraciones es lo siguiente: “Dentro de nosotros pero contra nosotros” y “fuera de nosotros pero con nosotros”. El primer episodio habla de identidad, coherencia interna entre los miembros, y el segundo habla de tolerancia, de respeto a las convicciones de los otros.

La identidad conlleva tener conciencia de que pertenecemos a algo. Los signos de una identidad se manifiestan tanto en lo que hacemos y creemos como en lo que rechazamos y negamos. Aplicadas a nuestra iglesia podríamos decir que las omisiones intencionadas de doctrinas fundamentales, las claudicaciones para no ser diferentes, los que alardean de romper tabúes, los iconoclastas, los críticos irresponsables, los que quisieran secularizar las doctrinas, todos estos están contra Cristo; no recogen, solo desparraman. No se puede servir a dos señores, Cristo reclama de la iglesia remanente, compromiso, adhesión plena, lealtad.

Pero también están contra Cristo los que han tergiversado el mensaje adventista, los legalistas pertinaces; los que han hecho de la denuncia y condena de sus propios hermanos, de los líderes de la iglesia y de las instituciones un arma arrojada permanente; los que se muestran críticos, independientes, también estos están contra Cristo porque, lejos de edificar la iglesia, la dividen, la polarizan, la debilitan (Mat. 12: 25). “Conmigo o contra mí”. Cristo no nos ha dado otra alternativa. Es verdad, no podemos pretender la uniformidad, pero sí la unidad en la diversidad. Unidad en lo fundamental, diversidad en lo accesorio.

Pide hoy a Dios que te ayude a estar siempre del lado de Jesús, sirviendo fielmente ahí donde él quiere que estés.

9

julio

El que no está contra nosotros está a nuestro favor

.....

“Entonces respondiendo Juan, dijo: ‘Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros’. Jesús le dijo: ‘No se lo prohibáis, porque el que no está contra nosotros, por nosotros está’ ”

(Lucas 9:49, 50).

Era Semana Santa y me encontraba en el campo de instrucción militar. Aunque eran días de fiesta, el jefe del destacamento decidió no dar permiso a ningún soldado. El Jueves Santo por la noche, los soldados estaban armando jaleo y tirándose las almohadas. De pronto, entró el sargento de semana y les increpó diciendo:

—¡Gamberros, no respetáis el carácter religioso de estas fechas! ¿Por qué no estáis rezando? ¿Os habéis dado cuenta de cómo Puyol cumple cada noche con su religión?

Se hizo el silencio. Uno de los soldados que era un católico practicante invitó a unos cuantos a rezar el rosario. Cuando comenzaron, yo me senté en la cama. Entonces, el sargento se acercó y me dijo:

—Puyol, ¿vosotros también rezáis el rosario?

—No, mi sargento, pero no me parece correcto que mientras mis compañeros rezan yo esté durmiendo.

A la mañana siguiente, el oficial de guardia me llamó y me dijo:

—Puyol, vete de permiso hasta el lunes.

En el pasaje de hoy, Jesús da a sus discípulos una gran lección de tolerancia activa. Los apóstoles creían que el criterio de la autenticidad cristiana era formar parte del grupo de discípulos del Maestro; Jesús les corrigió diciendo que el discipulado verdadero depende del estado de la mente y el corazón: estar o no estar a favor de Cristo. Elena de White escribió cientos de páginas para desenmascarar la apostasía de las iglesias cristianas históricas; sin embargo, consideraba a esos creyentes como súbditos potenciales del reino de Dios e incluye declaraciones que son una exaltación de la tolerancia: “Es verdad que hay verdaderos cristianos en la iglesia católica romana. En ella, millares de personas sirven a Dios según las mejores luces que tienen” (*El conflicto de los siglos*, p. 553); “Por lo que el Señor me ha mostrado, sé que se salvará un gran número de entre los católicos. [...] No debe haber desviaciones del camino para atacar a otras denominaciones; porque eso crea tan solo un espíritu combativo, y cierra los oídos y los corazones para la entrada de la verdad” (*El evangelismo*, p. 418).

Pide hoy a Dios ser más comprensivo y amistoso con aquellos que no comparten tu fe.

Falsa bondad de Satanás y aparente crueldad de Jesús

10
julio

“Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirlo, diciendo: ‘Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera esto te acontezca!’ Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ‘¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres’”
(Mateo 16:22, 23).

Jesús se había retirado con sus discípulos al norte de Galilea. “¿Quién dicen las gentes que soy?” “¿Y vosotros quién decís que soy?”, les preguntó. La respuesta de Pedro, “tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, hizo mucho bien a Jesús en aquel momento. Entonces, Jesús les anunció que pronto tendría que padecer a causa de los dirigentes religiosos de Jerusalén y ser muerto para resucitar al tercer día. Fue entonces cuando se produjo la escena narrada por nuestro versículo de hoy, donde la bondad parece estar representada por Pedro aconsejando a Jesús evitar la cruz, mientras que la crueldad parece estar representada por Jesús quien, con su actitud, propiciaba el sufrimiento que le esperaba en Jerusalén.

La bondad de Pedro es falsa y aun diabólica, porque está insinuando a Jesús lo mismo que Satanás había estado intentando desde el comienzo de su ministerio: evitar la cruz, ya que sin cruz el diablo saldría vencedor en el gran conflicto (Juan 12:31, 32). En cuanto a la crueldad de Jesús es aparente porque él no nos dice “niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme” (Mat. 16:24) para dejarnos después desprotegidos y solos, sino para unirnos a él y ofrecernos su protección. La falsa bondad de Pedro es confundir lo que es de Dios con lo que es de los hombres; la aparente crueldad de Jesús es entender y aceptar lo que viene de Dios y no lo que ofrecen los hombres.

“La balanza falsa es un símbolo de todo trato desleal, de todo artificio para ocultar el egoísmo y la injusticia bajo una apariencia de equidad y honradez. Dios no favorecerá en el menor grado estas prácticas. Él repudia toda conducta falsa. Aborrece todo egoísmo y codicia. No tolerará una negociación despiadada, sino que pagará con la misma medida. [...] Cuando uno se entrega al egoísmo o a la conducta indebida demuestra que no teme al Señor o reverencia su nombre. Aquellos que están relacionados con Dios no solo descartarán toda injusticia, sino que manifestarán su misericordia y bondad hacia todos aquellos con quienes tienen que ver” (*Nuestra elevada vocación*, p. 227).

Porque hay un Dios en los cielos... acepta hoy su voluntad.

11

julio

El que esté sin pecado tire la primera piedra

.....

“Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno o si de alguien he aceptado soborno para cerrar los ojos; y os lo restituiré”

(1 Samuel 12:3).

La necesidad de demostrar transparencia y honradez en la gestión pública o en la iglesia no fue una inquietud exclusiva de Samuel, también la expresieron el apóstol Pablo: “Admitidnos: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado” (2 Cor. 7:2), y el propio Jesús: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?” (Juan 8:46). Ambos fueron vilmente calumniados por sus adversarios, aunque la realidad era que los verdaderamente corruptos, fraudulentos y deshonestos eran quienes los acusaban: “Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo” (2 Cor. 11:13). En el episodio de la mujer adúltera, Jesús desveló la hipocresía y el descaro de los denunciantes: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7). Todos se fueron. Pero el Maestro, con estas palabras, había establecido un importante principio moral: el examen de conciencia.

Es doloroso constatar la proliferación de casos de corrupción en casi todos los ámbitos de la sociedad. Lamentablemente, también la acusación y denuncia se han convertido en un medio desestabilizador que genera alarma social y que, a veces, por falta de pruebas fehacientes, cuando llega a los tribunales no pasa a más. Por una u otra razón, la sensación de impunidad de los defraudadores de “guante blanco” se está generalizando, con el consiguiente desencanto y desconfianza con respecto a los que dirigen.

Se crean comisiones supervisoras, se nombran censores, se promulgan leyes anticorrupción, se habla mucho; pero la solución, según la Escritura, es otra: la introspección o examen de conciencia personal (¿Quién está sin pecado?). El rearme moral de la sociedad a través de todos los medios educativos que conforman el ideal del carácter: la familia, la escuela, la literatura, los medios de comunicación; terminar con el relativismo moral que establece que cada época tiene la suya y que no hay moral absoluta; fijar como objetivo de la vida y de la actividad profesional el servicio a los demás, es decir, la “regla de oro” y no el afán egoísta de enriquecimiento. Finalmente, recuperar en todos los ámbitos el referente o modelo de Jesucristo: “Ni yo te condeno, vete y no peques más”, debiera ser nuestro ruego porque hay un Dios en los cielos...

Decide hoy proclamar el amor y el perdón de Dios.

Para que nadie se ofenda

.....

“Sin embargo, para no ofenderlos, ve al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que saques, ábrele la boca y hallarás una moneda. Tómala y dásela por mí y por ti”
(Mateo 17:27).

12
julio

Los recaudadores de los impuestos judíos preguntaron a Pedro si su Maestro pagaba los dos dracmas, es decir, el tributo anual que se exigía a los judíos mayores de veinte años que servía para el mantenimiento del templo. Autorizado por los romanos, este impuesto era un signo de la unidad y fidelidad religiosa del pueblo judío, y no pagarlo era considerado una grave deslealtad con respecto al templo. Los sacerdotes, levitas y profetas estaban libres de pago. Pedro respondió afirmativamente, después, estando en casa, Jesús demostró al apóstol que él, por su condición de Hijo de Dios, estaba exento, no obstante le dijo: “Sin embargo, para no ofenderlos, ve al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que saques, ábrele la boca y hallarás una moneda. Tómala y dásela por mí y por ti”.

Jesús rehusó a su derecho de exención y, situándose bajo una ley que no le incumbía, para no herir susceptibilidades, ordenó a Pedro que lo pagase valiéndose de un procedimiento sobrenatural que atestiguaba su condición de Hijo de Dios. Elena de White comenta: “Cristo les enseñó [a sus discípulos] a no colocarse innecesariamente en antagonismo con el orden establecido. [...] Aunque los cristianos no han de sacrificar un solo principio de la verdad, deben evitar la controversia siempre que sea posible” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 401).

Pero hay más. En el alma humana del Salvador encontramos todo un mundo de delicadeza y tacto en el trato con los demás que debe ser un ideal del corazón regenerado. “Para no ofenderlos” es un principio cristiano de convivencia social. La delicadeza cristiana no reposa sobre una relación de derechos compartidos, no hace uso de títulos o privilegios adquiridos, no defiende su propio interés; la delicadeza es humilde, es lo contrario de la ostentación, no deja entrever ni sus intenciones ni sus actos, actúa con amor y suscita las circunstancias necesarias para ejercerlo; no deja en el otro la sensación de que es deudor. La delicadeza cristiana es condescendiente, asocia la verdad a la caridad, evita la confrontación, valora a los demás y respeta su dignidad, su opinión y su posición, no hiere ni humilla. La delicadeza cuida los pequeños detalles; es un fruto del Espíritu Santo.

Hoy pídele a Dios que te ayude a no ofender a tu prójimo y a vivir de manera que la cortesía y el buen trato sean parte de tu carácter.

13
julio

¿Son pocos los que se salvan?

“Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, mientras se encaminaba a Jerusalén. Alguien preguntó: ‘Señor, ¿son pocos los que se salvan?’

Él les dijo: ‘Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán’ ”

(Lucas 13:22-24).

Los días de Jesús estaban contados. Ya no era el popular personaje seguido por multitudes en Judea y Galilea. Ahora, una buena parte de sus seguidores lo habían abandonado y las autoridades religiosas lo perseguían. Lucas repite una corta expresión muy significativa: “[Jesús] se encaminaba a Jerusalén”. Se acercaba el final, la sombra de la cruz se proyectaba ya sobre el Salvador. Fue en tales circunstancias que se sitúa la pregunta que le hizo un desconocido: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?” ¿Quién era ese hombre? ¿A quién representaba? Intencionadamente, Lucas no nos ofrece ni su nombre ni su origen. Era alguien anónimo, no representaba a una determinada clase social, sino al hombre en general; pero, además, personificaba a todos los que tienen preguntas reservadas para Jesús, quienes confían y creen en él (le llama Señor). Finalmente, es alguien interesado por la salvación. ¿Será que ha descubierto al Salvador en Jesús?

Pero ¿qué pregunta? ¿Qué inquietud oculta? ¿En verdad son pocos los que se salvan? Pocos o muchos, ¿qué más da? ¿Es mera curiosidad o tiene que ver con los “pocos” que entonces seguían a Jesús? Rechazado y perseguido por el Sanedrín, seguir a Jesús era situarse en abierta oposición a la religión oficial y vivir bajo amenazas. Este hombre lo sabía, y su pregunta podía estar expresando el deseo y el miedo, un anhelo sincero y prejuicios invencibles; posiblemente manifestaba una entrega condicional. ¿Estaba supeditando su salvación al número de discípulos? ¿Acaso no quería unirse a una minoría impopular? ¿Valían más su reputación y su situación social que su destino eterno?

La respuesta de Jesús parece confirmar estas sospechas porque no contestó a la pregunta literal del hombre, sino a sus verdaderas motivaciones. Les dijo: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán”. La puerta del discipulado y de la salvación, aunque está abierta para todos, es estrecha y solo permite la entrada de uno en uno. No podemos atravesarla con amigos, vecinos, familiares o la sociedad en la que vivimos, porque es la puerta de la decisión personal. Tampoco podemos pasar por ella con “cargas” y “bultos” que hemos ido adquiriendo en el mundo; para franquearla debemos despojarnos de ellos. Es una puerta en forma de cruz, labrada por la justicia y el amor de Jesús.

Esfuérzate hoy para entrar por la puerta estrecha.

El don de profecía en la iglesia

*“Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación,
exhortación y consolación”
(1 Corintios 14:3).*

14
julio

Desde los orígenes del movimiento adventista, ha habido personajes que se han concentrado en el rechazo y los ataques contra el ministerio profético de Elena de White: Dudley M. Canright, John H. Kellogg, Albion F. Ballenger, Alonzo T. Jones, Ronald L. Numbers y Walter T. Rea, entre otros. Todos han tratado de desacreditar a Elena de White, negando la revelación e inspiración del Espíritu Santo en sus escritos. Algunos de ellos la han tachado de plagiaria; otros, como Desmond Ford, han dicho que el don de profecía que ella tenía no era idéntico al de los escritores canónicos de la Escritura.

¿Clausuró Jesús el ministerio histórico de los profetas? ¿Qué es y qué no es para los adventistas Elena de White? ¿Qué debo yo al don profético en la iglesia?

No hay ninguna declaración en el Nuevo Testamento que anuncie el cese del profetismo en los tiempos de la iglesia. El profetismo cesará junto con los otros dones espirituales “cuando venga lo perfecto” (1 Cor. 13:8, 10; Efe. 4:13). El don de profecía era habitual en la vida de la iglesia apostólica y nada nos indica que fuera de naturaleza diferente al profetismo del Antiguo Testamento. Frédéric Godet dice: “Provenía de una revelación sobre el estado actual, sobre la marcha y el futuro del reino de Dios. Al transmitir esta revelación a la iglesia, el profeta se esforzaba en estimularla y en elevarla a la altura de la misión” (*Commentaire sur la Première Epître aux Corinthiens*, t. 2, p. 188).

Los escritos de Elena de White no son una segunda Biblia para los adventistas. Son textos inspirados pero no canónicos, porque el canon de las Escrituras se cerró con el Nuevo Testamento, y consideramos que toda manifestación espiritual o carismática debe ser sometida al “Escrito está...” Ella misma lo reconoce así: “Las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la cual toda enseñanza y toda manifestación religiosa debe ser probada” (*El conflicto de los siglos*, p. 11). Como dice nuestro versículo de hoy, la obra de la sierva del Señor ha coadyuvado para edificación, exhortación y consolación de la iglesia en estos tiempos que preceden a la Segunda Venida. He sido desde la adolescencia un lector asiduo de los Testimonios, una luz pequeña que me ayudó, me previno de los problemas de la juventud y me ha conducido siempre a la luz mayor, la Palabra de Dios.

Hoy te invito a aprovechar los consejos de los profetas que Dios ha dado a la iglesia para su edificación.

15
julio

¡Escribe! ¡Escribe!

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”
(Filipenses 4:13).

En los 88 años de vida de Elena de White, en medio de circunstancias unas veces gozosas y otras tristes, con padecimientos físicos que parecían desmentir el cuidado amoroso de Dios (la muerte de su esposo cuando ella tenía cincuenta y tres años, el fallecimiento de dos de sus hijos, la oposición de próximos y extraños), la providencia divina nunca estuvo ausente en la vida de la sierva del Señor. A veces, la gracia de Dios no se manifiesta de inmediato, como pedimos y esperamos, pero cuando disponemos de la perspectiva histórica necesaria para hacer un juicio justo de la realidad, reconocemos que Dios nunca nos ha fallado.

De todos los milagros sucedidos en la vida de Elena de White, pocos son tan sorprendentes como la importancia de su obra como escritora: “A los 17 años, cuando todos mis amigos pensaron que yo había quedado permanentemente inválida debido a un grave accidente que había sufrido en mi niñez, un visitante celestial vino y me habló diciendo: “Tengo un mensaje para que des”. “¿Cómo! –pensé–, ciertamente debe haber un gran error”. Otra vez se pronunciaron las palabras: “Tengo un mensaje para que des. Escribe y manda a la gente lo que te doy”. Hasta ese tiempo, mi mano temblorosa no había podido escribir una línea. Contesté: “No puedo hacerlo. No puedo hacerlo”. “¡Escribe! ¡Escribe!””, fueron las palabras pronunciadas otra vez. Tomé pluma y papel, y comencé a escribir, y cuánto he escrito desde entonces, es imposible calcularlo. El vigor, el poder, eran de Dios. [...] Pero tenemos el privilegio de colocarnos en la debida relación con Dios y determinar que, mediante su ayuda, haremos nuestra parte en esta obra para mejorarla. Se revelará la gloria de Dios en la vida de los que humildemente, pero sin vacilaciones, llevan a cabo esta resolución. Sé esto por experiencia” (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 118).

El mismo apóstol que escuchó una vez decir al Señor, “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor. 12:9), escribirá más tarde desde una prisión en Roma a la iglesia de Filipos: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. ¿Por qué? Porque estaba viendo la manifestación del poder de Dios en la propia casa del César: “Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han contribuido más bien al progreso del evangelio, de tal manera que en todo el pretorio y entre todos los demás se ha hecho evidente que estoy preso por causa de Cristo” (Fil. 1:12, 13).

La certeza del don profético en la iglesia nos recuerda este día que hay un Dios en los cielos.

Sus obras siguen

.....

“Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”
(Apocalipsis 14:13).

16
julio

Hoy, 16 de julio de 2015, se cumplen cien años del fallecimiento de Elena de White, quien murió en su casa de Elmshaven (EE.UU.) a los 88 años de edad. Había sufrido una caída que le fracturó la cadera el 13 de febrero y desde entonces se fue apagando como se extingue una vela, tal como dijo su hijo William. Durante setenta años tuvo un próspero ministerio profético. Su última visión la recibió el 3 de marzo de 1915, dedicada a los jóvenes y, una semana antes de morir, sus últimas palabras fueron: “Yo sé en quién he creído”.

Se celebraron tres funerales: el domingo 18 de julio en el jardín de Elmshaven, su residencia en los últimos años de su vida, al que asistieron unas cuatrocientas personas. El lunes 19 en Richmond, en la bahía de San Francisco, donde los fieles de la Asociación de California estaban celebrando un retiro espiritual y al que acudieron más de mil asistentes. Finalmente, el domingo 24 de julio en Battle Creek, en cuyo cementerio de Oak Hill había expresado su deseo de ser enterrada junto a su esposo. Este fue el sepelio más importante y numeroso, con una asistencia que superaba los cuatro mil participantes. El presidente de la Asociación General, Arthur G. Daniells, leyó un relato biográfico de la sierva del Señor mostrando la trascendencia que había tenido su contribución a la iglesia y al mundo. Stephen N. Haskell, presidente de la Asociación de California, presentó el sermón fúnebre basado en el Salmo 116:15 y Apocalipsis 14:13.

Cien años después, difícilmente podemos valorar lo que nuestra iglesia debe al ministerio de Elena de White: la firme convicción de nuestra vocación profética como iglesia remanente; el desarrollo de la piedad, el reavivamiento y la reforma consecuentes en la espera del advenimiento; la proyección universal del mensaje adventista; el desarrollo institucional en el dominio de la educación, la salud y las publicaciones, y la misma estructura administrativa de la iglesia, han sido el fruto bendecido de su consejo inspirado, de su actividad personal, del sostén y apoyo a los dirigentes, de sus viajes y, particularmente, de sus testimonios.

El periódico *Star* de Santa Helena (California, EE. UU.) del 23 de julio de 1915, dedicó un amplísimo reportaje a la vida y obra de Elena de White y, como si fuera una confirmación de las palabras bíblicas “sus obras con ellos siguen”, concluyó el artículo: “Ahora, estando muerta, todavía habla”.

Pidamos a Dios que nuestras vidas sean una bendición para otros.

17
julio

¿Crees esto?

“Le dijo Jesús: ‘Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?’ ”
(Juan 11:25, 26).

Uno de los días más tristes de mi ministerio fue el 20 de diciembre de 1987. En nuestro colegio de Sagunto, la joven Elena Muñoz, hija de dos veteranos de la obra de publicaciones en España, murió aplastada por un muro mientras preparaba la fiesta de Navidad junto con otros chicos. En el funeral, el dolor y la perplejidad nos embargaban a todos, padres, profesores, alumnos, amigos y hermanos: “Hoy es un día triste, muy triste, la muerte nos ha quitado violentamente de nuestro lado a nuestra querida Elena, como si se tratase de un jirón arrancado de nuestra carne”, dije al iniciar el sermón. Y, en nuestras almas de creyentes, cuántas preguntas hacíamos a Dios con temor y reverencia: ¿Por qué Señor? ¿Por qué tu mano omnipotente no ha protegido a tu hijita querida?

Lo ocurrido fue una dura prueba para nuestra fe y el consuelo que necesitábamos solo podía venir de ella. Solo de la fe que penetra lo invisible que sustancia la confianza y la esperanza, la fe que viene del oír la Palabra de Dios. Pues bien, en el Evangelio de Juan, hay dos palabras que se repiten frecuentemente, “creer” y “vida”, que mantienen entre sí una relación indeleble de causa a efecto: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final” (6:40); pero donde esta relación parece más perentoria y evidente es en el episodio de la resurrección de Lázaro. Cuando Jesús pronuncia las palabras “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque esté muerto vivirá”, lo hace respondiendo a la perplejidad de la fe de Marta y a su dolor por la muerte de Lázaro, porque ella estaba librando la batalla de fe que se dirime entre la trágica realidad presente de la pérdida de un ser querido y la esperanza futura de la resurrección. Por eso le preguntó enfáticamente al final: “¿Crees esto?”

Dirigí la misma pregunta aquel aciago día a todos los atribulados deudos de Elena Muñoz: ¿Crees que Jesús es el Salvador del mundo? ¿Crees que Jesús es el Dador de la vida? ¿Crees que él te ama? ¿Crees que él participa hoy de tu dolor? ¿Crees que resucitó de los muertos venciendo la muerte?

¡Cree! Porque si crees, verás la gloria de Dios (11:40).

A mí lo hicisteis

.....

“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”
(Mateo 25:40).

18
julio

Los textos de la Escritura que nos interpelan de manera más directa son aquellos que nos hablan de la misión de la iglesia en el mundo. La doctrina social de nuestra iglesia no es el resultado de la mera reflexión teológica ni mucho menos del oportunismo eclesiástico. Más bien, es una cuestión de coherencia con el evangelio y de fidelidad a la Palabra de Cristo y a su supremo ejemplo, quien “no vino para ser servido, sino para servir” (Mat. 20:28) y quien “anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo” (Hech. 10:38). Amor, compasión, servicio, este fue su ejemplo y esta será también la interpelación que Jesús nos hará en el juicio.

Los días 19 y 20 de octubre de 1982, el fenómeno meteorológico llamado “gota fría” que casi todos los años, en septiembre y octubre, asola la costa del Mediterráneo español, descargó tal cantidad de lluvia que la presa del pantano de Tous reventó lanzando al cauce del río Júcar y sus afluentes 2.500 hm³ de agua y barro. Poblaciones enteras, como Sollana, quedaron anegadas. Cuando pasó la riada, los auxilios comenzaron a llegar de toda España: ropa, colchones, alimentos, tiendas de campaña, material sanitario, etcétera. El día 23, los medios de comunicación solicitaron ayuda humana para retirar el barro de las casas y la distribución de las ayudas acumuladas.

Ese mismo sábado organizamos un equipo de socorro en el campo de deportes del Colegio de Sagunto; profesores, personal no docente y alumnos mayores de edad (unas cuarenta personas en total) con nuestro equipo de cocina, sacos de dormir y algunas herramientas, partimos para Sollana en un autobús cedido por un vecino de Sagunto. El alcalde de Sollana nos alojó en una escuela nueva que estaba anegada en una gran parte y comenzamos a trabajar. Limpiamos casas, distribuimos cientos de colchones y mantas, repartimos alimentos y, sobre todo, dimos muchos mensajes de ánimo y esperanza a la población. Cinco días después regresamos al colegio. Los compañeros y alumnos que no pudieron venir nos recibieron como a héroes, pero para nosotros solo fue un deber cumplido de aquellas palabras de Jesús: “A mí lo hicisteis”.

Durante aquella experiencia sentimos de manera única cómo Dios había podido usar nuestras vidas para ayudar a los más necesitados. Sí, son vivencias que no se olvidan y que representan la esencia del evangelio.

Hoy pide a Dios que use tu vida al servicio del prójimo.

19
julio

Simón, ¿duermes?

“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”

(Romanos 13:11).

El relato evangélico de la vida del apóstol Pedro dice que, en tres ocasiones importantes, Pedro se quedó dormido en momentos relevantes de su vida.

La primera vez, Pedro se durmió en el momento de la transfiguración (Luc. 9:28-36). Se acercaba la semana de la Pasión, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan y se los llevó a un monte para orar. Mientras él oraba, su rostro y sus vestidos se volvieron resplandecientes, entonces, Moisés y Elías aparecieron en su gloria y hablaban con él. Pero Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño y, por poco, se quedan sin contemplar la gloria de Jesús ni escuchar la voz del cielo que confirmó la divinidad del Maestro.

La segunda vez, Pedro se quedó dormido en el Getsemaní (Mar. 14:32-42). Jesús estaba angustiado, necesitaba más que nunca el apoyo de los suyos y la ayuda del Padre. Así que tomó, de nuevo, a Pedro, Santiago y Juan y los llevó al lugar donde habitualmente se reunían para orar. Les pidió que orasen por él y por ellos mismos para no entrar en tentación; mientras, él hacía lo mismo un poco más lejos llorando y sudando sangre. Pero en dos ocasiones los encontró durmiendo, rendidos de sueño: “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?”

La tercera vez, Pedro se quedó dormido en la prisión de Jerusalén (Hech. 12:6-11). Herodes, el tetrarca, había matado ya a Santiago y quería hacer lo mismo con Pedro para congraciarse con los judíos. Pero este, en un calabozo, entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, dormía plácidamente. Un ángel del Señor tocó a Pedro en el costado para despertarlo y lo sacó de la cárcel.

Como Pedro, a veces dormimos cuando debiéramos estar despiertos y velando. Dormimos cuando Dios nos va a manifestar su poder, cuando va a reconfortar nuestra fe y seguridad en él, cuando nos quiere preparar para momentos difíciles en los que seremos probados. Como Pedro, a veces dormimos cuando Jesús espera nuestra colaboración responsable, comprometida y activa. Dormimos inconscientes mientras él se preocupa porque está en juego la salvación de las almas. ¿Acaso dormimos como las vírgenes fatuas esperando su venida? ¡Atención! Pablo nos dice: “Es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”.

Pidamos a Dios hoy que nos ayude a velar y orar en todo momento. Así estaremos listos para enfrentar los desafíos de la vida.

La muerte de un hijo

.....

*“El que no escatimó ni a su propio Hijo,
sino que lo entregó por todos nosotros,
¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”*
(Romanos 8:32).

20
julio

María, natural de Zuera (Zaragoza, España) y su marido, Mauricio, habían trabajado para mis padres al finalizar de la Guerra Civil española. Él era nuestro arriero, llevaba un carro de transporte urbano tirado por un caballo. Ella ayudaba a mi madre y se ocupaba de mí, de dos años por aquel entonces. Pasado el tiempo, regresaron a Zuera, a veinte kilómetros de la capital, donde tenían su casa y sus campos. Pero murió Mauricio, y María se quedó sola, muy sola, acompañada únicamente por sus amargos recuerdos. Mi familia iba todos los años a Zuera a llevar flores a la tumba de Mauricio y de sus tres hijos. Porque, en efecto, el matrimonio había tenido dos hijos y una hija, pero todos habían fallecido. Sin embargo, solo una de aquellas muertes atormentaba sin consuelo la triste vida de María: la de Antonio, su hijo menor, a quien sin haber cumplido los 16 años habían fusilado durante la Guerra Civil, tras ser vilmente denunciado por unos vecinos del pueblo. Recuerdo las lágrimas de María. Cada año, para ir al cementerio, debíamos pasar necesariamente por la puerta de la casa de los denunciantes. “¡Asesinos! ¡Asesinos! –gritaba desconsolada María–. ¡Me habéis matado a mi hijo! ¡Era casi un niño!” La escena se repitió durante años, hasta que también ella murió.

He visto el tremendo dolor que causa la pérdida de un hijo. He visto pasarse sobre la vida de algunos padres los nubarrones del duelo; los he visto clamar, llorar, desesperarse, perder las ganas de vivir mientras se preguntan: ¿Por qué él? ¿Por qué no fui yo quien murió?

El versículo de hoy nos habla del don del Hijo de Dios para morir por la humanidad. ¿Sufrió Dios la muerte de Jesús como lo hace cualquier otro padre? La muerte del Hijo de Dios no fue casual o imprevista. Dios “no escatimó ni a su propio Hijo”, sino que lo entregó por todos nosotros. El don del Hijo de Dios y su injusta muerte en una cruz fue el más grande, el más trascendental y a la vez el más doloroso testimonio de la providencia divina en este mundo.

Agradece a Dios el no haber escatimado a su Hijo para salvarte y entrégale lo mejor de tu vida.

El pez

.....

“Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”
(Hechos 8:37).

Hace varios años compré un pequeño libro de oración para jóvenes de Francisco García-Salve titulado *El pez*. En esa obra el autor comentaba que, desde finales del siglo II, Jesucristo era llamado “Pez”. También, aseguraba que, entre los primeros cristianos, la figura del pez era frecuente, y se conserva en epitafios, inscripciones y figuras. En algún momento, los cristianos perseguidos llegaron a reconocerse por una contraseña en forma de pez.

Durante un viaje de estudios, visité las catacumbas de Roma, cementerios subterráneos que sirvieron de refugio y lugar de culto a los cristianos durante las persecuciones del Imperio romano. En los muros de esos lugares se podían ver los símbolos cristianos del Salvador, la iglesia, la esperanza cristiana, el Espíritu Santo, que los primeros cristianos pintaban y que los perseguidores no podían entender, pero sí los fieles. Uno de los más frecuentes era el pez: unas veces solo, otras asociado a la cruz, a un arca o barco, junto a un ancla o cerca de una paloma. Seguramente, al ver esa figura se sentían reconfortados al recordar a Dios, en quien habían creído y por quien habían dado sus vidas. A pesar de estar presos y vivir en persecución, se gozaban en afirmar de una u otra manera que la salvación únicamente viene de Jesús. Así, podían hacer frente a todo tipo de ataques por parte de Satanás.

El símbolo del pez era un “secreto” de la iglesia primitiva para enfrentar a los emisarios del mal. “Los primeros cristianos estaban llamados a menudo a hacer frente cara a cara a las potestades de las tinieblas. Por medio de sofistería y persecución el enemigo se esforzaba por apartarlos de la verdadera fe. Ahora, cuando el fin de las cosas terrenales se acerca rápidamente, Satanás realiza desesperados esfuerzos por entrapar al mundo. Inventa muchos planes para ocupar las mentes y apartar la atención de las verdades esenciales para la salvación. En todas las ciudades sus agentes están organizando afanosamente en partidos a aquellos que se oponen a la ley de Dios. El gran engañador está tratando de introducir elementos de confusión y rebelión, y los hombres se están enardeciendo con un celo que no está de acuerdo con su conocimiento” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 178).

Todos nosotros tenemos claves, secretos, símbolos para dialogar con el Señor. ¡Úsalos hoy! No olvides que la persecución se libra también en la mente. Por eso es muy importante repetir este día la más sublime declaración que un ser humano puede hacer: “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”.

El magnetismo de la Cruz

.....

*“Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.
Esto decía dando a entender de qué muerte iba a morir”*
(Juan 12:32, 33).

22
julio

Hace años, durante los actos de dedicación de la nueva iglesia del campus Adventista de Collonges-sous-Salève (Francia), se presentaron las tres cruces instaladas en el edificio: la cruz exterior, en la fachada, indicando el carácter sagrado del edificio. En el interior, en el muro del estrado, la cruz que se iluminaba y que presidía los actos de culto. Finalmente, una tercera cruz, en el vestíbulo, en un bajorrelieve hecho con escayola y resina que representaba un haz de surcos confluyendo en un punto de intercesión y que, en su base, tenía el texto: “A todos atraeré a mí mismo”.

“Atraeré”, magnífica palabra cuyo verbo original, *elkuo*, significa “arrastrar hacia”, “atraer con fuerza”, como un imán atrae al hierro y al acero. Y eso ha sido y es realmente la Cruz, un poderoso imán espiritual, irresistible y transformador. El apóstol Pablo decía: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Cor. 1:18). La Cruz es instrumento de reconciliación con Dios (Col. 1:20), seguir a Jesús es seguirle cada día con una cruz (Luc. 9:23). La cruz, un instrumento de tortura, es vida, porque el imán de la Cruz ejerce una atracción de ternura y de amor divinos.

Tratemos de ilustrar la atracción de la Cruz: toma un imán y pequeños trozos de acero de formas y colores diferentes, el imán atraerá a todos, sin excepción. Pon sobre una hoja de papel esas mismas piezas de acero y por debajo de la hoja haz correr el imán de un lado para otro, las piezas seguirán al imán por dondequiera que vaya. Toma ahora una fina barrita de acero y deja que se imante durante un corto espacio de tiempo. La barrita adquirirá el poder de atracción del imán y atraerá, a su vez, a las pequeñas piezas de acero. Así también, la Cruz nos transmite su poder de atracción. Pero deja la barrita separada del imán un instante y dale uno o más fuertes golpes con una gruesa barra de madera. ¡Ah! la barrita ha perdido totalmente su poder de atracción. La separación de la Cruz y las tentaciones de Satanás nos roban el magnetismo de la Cruz.

No lo olvidemos: con la Cruz, tenemos poder de atracción; sin ella, nos volvemos individuos inertes sin capacidad de transmitir el amor salvador de Jesús.

23
julio

Cruz y resurrección

.....

“Mientras subía Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo por el camino: ‘Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará’ ”

(Mateo 20:17-19).

Mateo hace cuatro menciones de la muerte y resurrección del Salvador. Tres de ellas cuando Jesús anuncia a sus discípulos lo que iba a acontecer en Jerusalén (16:21; 17:22, 23; 20:17-19); la cuarta, cuando las autoridades judías dicen a Pilato: “Señor, nos acordamos que aquel mentiroso, estando en vida dijo: ‘Después de tres días resucitaré’ ”, y le piden que asegure la tumba redoblando la guardia y sellando la piedra del sepulcro (27:64-66). En cada uno de esos textos, la muerte y la resurrección son anunciadas en el mismo contexto como hechos inseparables e inevitables. Comparando los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas también descubrimos que este anuncio resultó incomprendible para los discípulos: primero a Pedro, que no se concentraba “en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mat. 16:23); después del segundo anuncio a todos que “no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle” (Mar. 9:32) y, tras el tercero, dice Lucas que “ellos nada comprendieron de estas cosas” (Luc. 18:34). En cuanto a los príncipes de los sacerdotes y los escribas tampoco comprendían el misterio de la cruz y la resurrección de Cristo. Pretendieron atar y sellar ellos mismos la tumba de Jesús para que sus discípulos no fueran a “robar” el cuerpo.

Otra constante que aparece en los relatos evangélicos es que todos tuvieron miedo. Marcos lo dice: “Iban por el camino subiendo a Jerusalén. Jesús iba delante, y ellos, asombrados, lo seguían con miedo” (Mar. 10:32). Si hubieran comprendido que no habría muerte sin resurrección ni cruz sin victoria, hubieran afrontado los acontecimientos de la pasión con otro estado de ánimo. Satanás tiene tanto interés en que rechacemos la cruz como en que neguemos la resurrección. El apóstol Pablo lo sabía y por eso nos dejó escrito: “¿Cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?, porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también nuestra fe” (1 Cor. 15:12-14).

La resurrección de Jesús es una prueba más de que hay un Dios en los cielos y de que es poderoso para salvar a sus hijos.

¡Da gracias hoy al cielo por Jesucristo!

Cuando falta la cruz

.....

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo”
(Gál. 6:14).

24
julio

El islamismo es hoy una de las religiones más importantes del mundo. Aunque parezca extraño, para los musulmanes, Jesús ocupa un lugar importante en el Corán, su libro sagrado. De las 114 suras o capítulos en que está dividido, 15 hablan de Jesús y le consagran 93 versículos. En términos generales, el Corán eleva a Jesús a un nivel nunca alcanzado por ningún otro personaje coránico, salvo, por supuesto, Alá. Predominan en él los relatos concernientes a María y su familia, al precursor Juan Bautista, al nacimiento y a la infancia de Jesús.

Además, Cristo es siempre llamado “Jesús, hijo de María”, para subrayar su humanidad. Sin embargo, el Corán considera la concepción de Jesús como una obra del Espíritu: “A María, hija de Inrám, que conservó su virginidad, le inspiramos una parte de nuestro espíritu” (LXVI:12). Jesús es considerado un perfecto musulmán. Su venida fue una señal de Alá, un testimonio de la misericordia divina, que él probó con sus milagros. Jesús confirmó las Escrituras precedentes, trajo el evangelio y anunció la venida de Mahoma, que el Corán confunde con el Consolador prometido por Cristo. El segundo advenimiento de Jesús está presentado en la tradición heterodoxa del Mahdi, personaje mesiánico que limpiará al mundo de toda iniquidad y establecerá un reino de justicia y paz.

Honrado con los títulos de Servidor de Alá, Mesías, el Verbo, un Espíritu emanado de Alá, Jesús no es más que un enviado, un profeta, una criatura divina, pero no es Dios. Además, el Corán guarda un absoluto silencio sobre la obra redentora de Jesús y, por consiguiente, niega su pasión y la muerte real en la cruz. Sin la cruz, al islamismo le falta la noción de amor de Dios por el hombre y del hombre por Dios; por el contrario, la sumisión y la obediencia a Alá son objeto de gloria para los musulmanes.

Eliminar la cruz de la esperanza cristiana es eliminar su propia esencia. Sin la cruz, el cristianismo se reduce a una serie de relatos morales antiguos, una lista de buenos deseos y algunas promesas para vivir mejor. El eje sobre el que gira la Biblia es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1: 36).

Hoy te invito a mirar la cruz de Cristo y ponderar el sacrificio que hizo por ti y el inmenso valor que tienes a sus ojos.

25
julio

El indulto

.....

“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad y en cuyo espíritu no hay engaño”

(Salmo 32:1, 2).

La esposa de Ricardo estaba recibiendo estudios bíblicos y su hija, Alicia, era un miembro fiel de la iglesia. Como resultado de un infortunado incidente, Ricardo había sido condenado a doce años de prisión. La pena pareció excesiva por un delito cometido en grupo bajo los efectos del alcohol por un ciudadano sin antecedentes y de conducta habitualmente irreprochable. Sus abogados pidieron al Departamento de Gracia del Ministerio de Justicia el indulto y fue admitido a trámite. Pero pasó el tiempo y no había respuesta del Consejo de Ministros. Yo me enteré del dolor de esa querida familia, así que decidí entrevistarme con el subsecretario del Ministerio de Justicia, a quien ya conocía como presidente de la Comisión Asesora de Libertad Religiosa. Le expliqué el caso, abagué por Ricardo, le hablé del indulto e inmediatamente llamó al director general de Gracia para confirmar la existencia del expediente. Al día siguiente, el ministro de justicia lo presentó en el Consejo de Ministros y, el siguiente sábado, Ricardo me llamó para decirme lleno de emoción que había recibido el indulto. ¡Lo habían perdonado!

El salmista dice: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado”. El rey David sabía por experiencia propia lo que significa ser indultado de un delito; conocía el gozo del perdón divino y, por eso, compuso magníficos salmos penitenciales (6, 32, 38, 51, 102, 130, 143), verdaderas joyas de la poesía religiosa hebrea. Mientras hay sensibilidad para reconocer el pecado y capacidad para el arrepentimiento, la posibilidad del perdón existe. Tan solo es necesario que se lo pidamos a Dios, invocando su amor y gracia: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:33-34). El indulto de la condena resultante de nuestras culpas y delitos es inmediato, no espera olvidado entre otras muchas peticiones enviadas al trono de la gracia divina. No necesita procuradores ni abogados humanos, no se aplica con preferencia a quienes tienen mediadores, amigos que abogan cerca de Dios. ¡El indulto del cielo es seguro, instantáneo!

Porque hay un Dios en los cielos... el perdón está disponible para ti esta mañana. ¡Solicítalo! No te quedes sin la maravillosa provisión que Jesús ha hecho para ti.

El neonatólogo

.....

“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, ya que habéis gustado la bondad del Señor”

(1 Pedro 2:2, 3).

26
julio

Pedro, mi hermano, es pediatra neonatólogo. ¿Cuál es el ámbito de actuación facultativa del neonatólogo? Estos médicos se ocupan del recién nacido durante sus primeros 28 días de vida. Junto al obstetra que atiende a la madre en el parto, reciben al recién nacido, lo reaniman si lo precisa, le hacen un reconocimiento, diagnostican cualquier alteración, enfermedad o malformación congénitas y determinan la terapia a seguir. Especial mención merece el trabajo de los neonatólogos con los bebés prematuros, es decir, aquellos que han nacido antes de las treinta y siete semanas de gestación y con un peso inferior a los 2.500 gramos. La mortalidad neonatal, que representa más de la mitad del índice de mortalidad infantil, ha decrecido considerablemente gracias a estos especialistas y a los medios tecnológicos hoy a su alcance.

Pero ¿has pensado alguna vez en los neonatólogos espirituales que se ocupan de los recién nacidos en la familia de Dios? Uno de los errores que ha hecho mucho daño a los nuevos conversos y que, en muchos casos, ha producido su muerte espiritual en las primeras semanas de su nuevo nacimiento, ha sido creer que una vez bautizados ya no necesitan la asistencia y cuidados de un pastor. Pedro y Pablo nos enseñan todo lo contrario. Pedro nos dice que los nuevos en la fe deben tomar “leche espiritual no adulterada” para poder crecer y sobrevivir a los desafíos de la vida cristiana. Además, el apóstol Pablo les recuerda a los creyentes de Corinto: “De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque aún no erais capaces; ni sois capaces todavía” (1 Cor. 3:1, 2). Ambos eran neonatólogos espirituales.

El seguimiento de los nuevos hermanos nos permite iniciarlos con amor y solicitud en su nueva vida, reanimarlos si lo necesitan, detectar tendencias y costumbres atávicas de su pasado que, con la ayuda del Espíritu Santo y una terapia espiritual adecuada, pueden corregirse a tiempo. Puede ser que descubramos su prematuridad, carencias y malformaciones con riesgo de una muerte espiritual y que, con urgencia, podamos someterlos a los cuidados intensivos de una unidad neonatal que siempre debe haber en la iglesia para que se produzca el milagro de su viabilidad para la vida espiritual.

Este día te invito a convertirte en un apoyo para los nuevos creyentes. Dios puede usarte para desarrollar la vida espiritual de los recién convertidos.

27
julio

Un prodigo en la Segunda Guerra Mundial

*“Porque este, mi hijo, muerto era y ha revivido;
se había perdido y es hallado”*

(Lucas 15:24).

Walter Flandera, profesor de Ciencias del colegio adventista de Bogenhofen (Alemania), nos contó cómo su madre, una fiel adventista del séptimo día, sufría al ver cómo su hijo se distanciaba de la iglesia a medida que avanzaba en sus estudios universitarios. En Europa, entonces, las naciones y los hombres se estaban destruyendo unos a otros presas del frenesí y de la locura del fanatismo político. Para Walter, el Dios de amor de su madre o no existía o los había abandonado.

La angustia de la mujer fue todavía mayor el día que alistaron a Walter en el ejército y tuvo que marchar a la guerra. La pobre madre pensó que, tal vez, nunca más volvería a ver a su hijo. Le torturaba el temor de que la muerte pudiera sobrevenirle mientras dudaba de Dios y sin haber aceptado el sacrificio de Cristo como prenda de su salvación personal. No obstante, ella le había educado en los caminos de Dios y los principios bíblicos. Antes de que partiera, le dio un ejemplar del Nuevo Testamento, y le dijo que oraría todos los días para que Dios le preservara la vida, lo abrazó entre sollozos y se despidió de él.

Los horrores de la guerra endurecieron el corazón de Walter y le hicieron sentir indignación y rebeldía contra el Dios providente que le había enseñado su madre. Nunca abrió aquel Nuevo Testamento que llevaba en la guerrera, tampoco oró como lo había hecho de niño y, habiendo visto morir a muchos de sus compañeros de milicia, no quiso admitir que su vida dependía de Dios, creyendo que, en cualquier momento, él podía ser también una víctima de la guerra.

Así es, llegan momentos en la vida de los jóvenes en que la religiosidad transmitida y enseñada por los padres debe volverse autónoma, personal y, a veces, en ese tránsito, se produce una crisis que origina quiebras espirituales. Si además hay factores ambientales y circunstancias que propician dudas, inseguridad y frustraciones, la crisis puede llegar a ser dramática y definitiva. Pero Dios no es ajeno a ese proceso, su providencia está actuando en el desarrollo de nuestra experiencia y va a conducir los acontecimientos de tal forma que, sorprendentemente y valiéndose de nuestra sinceridad, volvamos a recuperar la fe.

¿Estás tú alejándote de la fe? ¿Has pensado en abandonar la iglesia? ¿Te sientes abrumado por las incógnitas que te taladran la cabeza? Si es así, quiero recordarte que el Señor está dispuesto a mostrarte de manera evidente que hay un Dios en los cielos...

“Su sangre me cubrió”

.....
*“En él tenemos redención por su sangre,
el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”.*
(Efesios 1: 7)

28
julio

En 1944 las fuerzas militares rusas invadieron Alemania. La compañía de Walter Flandera fue tomada prisionera y llevada a un campo de concentración ruso. Era pleno invierno. Ahí pasaban hambre, frío y miedo. Un día, un oficial llegó al lugar donde estaba Walter y, dividiendo el grupo en dos, dijo: “Los de la derecha seréis fusilados mañana por la mañana; y los de la izquierda, por la tarde”. Flandera estaba en el grupo de la tarde. Aquella noche, nadie pudo dormir. Se escuchaban lloros, lamentos, súplicas de perdón, oraciones, blasfemias... Flandera guardaba silencio.

Por la mañana, el pelotón de fusilamiento estaba listo. Se colocó al primer grupo en hilera y un oficial les ordenó que corrieran por la explanada helada que había delante. Tan pronto como lo hicieron, empezó a sonar el tableteo de las ametralladoras que los fueron barriendo hasta no quedar ninguno con vida. ¡Horrible! Walter Flandera sintió una terrible angustia, se acordó de su madre, de la fe que ella le había inculcado; intentó orar, recordar algunos textos, sacó del bolsillo el Nuevo Testamento y buscó desesperadamente algún consuelo. ¡Nada! “¡Señor, escúchame! No me he acordado de ti. No te he sido fiel —dijo con voz entrecortada—, pero si me libras de la muerte te entregaré mi vida”. Y, sin poder terminar, comenzó a llorar desconsoladamente.

Unas horas más tarde, el mismo pelotón de fusilamiento volvió. La misma orden... Walter corrió con todas sus fuerzas. Detrás de él, escuchaba la respiración jadeante de alguien que corría tanto como él. Las balas silbaban por todas partes. De pronto, una bala alcanzó al hombre que corría tras él y, al caer, le tiró al suelo a él también; su cuerpo quedó debajo del moribundo. La sangre manaba a borbotones de la yugular seccionada derramándose por los cuerpos de ambos. Walter notaba cómo aquel fluido viscoso estaba cubriendo su cuerpo. Las ametralladoras cesaron. Cuando el oficial pasó cerca de ellos para darles el tiro de gracia, les dio una patada y continuó. ¡Walter Flandera estaba vivo debajo de aquel cadáver! Antes de que recogieran los cuerpos sin vida, Flandera huyó sin saber ni cómo ni dónde. Luego, cumplió su promesa y, concluida la guerra, terminó sus estudios y dedicó toda su vida a la educación cristiana en el colegio adventista de Bogenhofen (Alemania).

Así redescubrió Flandera al Dios de su madre y de su niñez. Pero descubrió algo más precioso: que la sangre de Cristo derramada en la cruz nos redime.

No olvides que hoy estás vivo gracias a la sangre de Cristo.

29
julio

¿Qué aficciones nos faltan?

*“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros
y cumplo en mi carne lo que falta de las aficciones
de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”
(Colosenses 1:24).*

Hace años, cuando acudíamos al Consejo Anual de la entonces División Euroafricana, los presidentes de los campos de Europa occidental esperábamos con inquietud la llegada de los representantes de los países del bloque comunista. No siempre las autoridades les permitían viajar, pero cuando podían hacerlo, nos contaban historias estremecedoras padecidas por pastores y miembros de iglesia en aquellos países: encarcelamientos, trabajos en las minas, torturas, hambre, falsos pastores infiltrados por el Gobierno. A aquella época pertenece un librito escrito por Richard Wurmbrand, un pastor evangélico fundador de la Iglesia Subterránea, titulado *Torturado para Cristo*. En él cita a hombres y mujeres que fueron héroes de la iglesia mártir de aquel tiempo.

El versículo de hoy ha sido objeto de diversas interpretaciones. El apóstol habla de que está completando lo que falta de las aficciones de Cristo por la iglesia. ¿Cómo debemos entenderlo? Por supuesto que no faltó nada a las aficciones redentoras de la Cruz. Todo lo necesario fue ampliamente satisfecho por el Salvador. Tampoco podemos deducir que Pablo esté atribuyendo a sus padecimientos un valor expiatorio para remisión de los pecados propios o ajenos, entonces, ¿qué sufrimientos faltaban?

Las aficciones de Cristo a los que Pablo se refiere están situadas en el contexto de la iglesia, que es su cuerpo; no son los padecimientos mediante los cuales salvó a la humanidad. La palabra griega *thlipseon*, traducida por “aficciones”, nunca se aplica a los sufrimientos de Cristo en la cruz. De lo que aquí se trata es de las aficciones apostólicas, las que se padecen por causa de la predicación del evangelio. La proclamación y defensa de la verdad en el tiempo y en el espacio para la extensión de la iglesia en el mundo, debía ser completada por los creyentes: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12). Y los padecimientos, persecuciones y privaciones soportadas en la misión, son un signo de identificación con Cristo, de modo que nuestras aficciones, aquí y ahora, son también las suyas: “Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Ped. 4:13).

¿Crees que aun el dolor puede acercarte a Dios? Esa es su promesa. Que nada te separe hoy del amor divino.

¡Vive la vida!

*“El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir;
yo he venido para que tengan vida,
y para que la tengan en abundancia”*
(Juan 10:10).

30
julio

“¡Vive la vida!” fue el tema de una campaña de evangelización que organizamos en España años atrás. Yo tuve el privilegio de predicar durante un mes en la ciudad de Murcia (España). Días antes del comienzo, se distribuyeron miles de invitaciones, anuncios en prensa y radio y en la fachada de la iglesia se instaló un gran cartel que decía: “¡Vive la vida!” Angelita, la esposa del pastor de la iglesia, se encontró un día con un joven que vivía muy cerca del templo. Era un joven de unos veinte años, de aspecto triste, sin luz en los ojos, parecía desengañado de muchas cosas a pesar de su corta edad. Ella le habló de “¡Vive la vida!”, lo animó y le entregó un prospecto. El joven la escuchó, preguntó dónde se iban a dar las charlas y se despidieron. Angelita esperaba ver entrar aquel joven por la puerta, pero no vino.

Una tarde me dirigía a dar la conferencia cuando vi que había mucha gente mirando al balcón de un tercer piso. Allí no había nadie, pero al mirar al suelo, vi un enorme charco de sangre, apenas cubierto con arena. Pregunté y me dijeron que un joven se había lanzado desde el tercer piso. ¿Cómo era posible que tan cerca de donde se estaba hablando de “¡Vive la vida!” alguien se la quitara? Al comentar el hecho con Angelita, se estremeció, se llevó las manos a la cabeza y dijo: “¡Es él! ¡Es él!” La prensa del día siguiente confirmó, en efecto, la muerte del joven que tuvo tan cerca la vida y no supo aprovecharla. El título de mi charla el día del suicidio era: “La mente: mi paraíso y mi infierno”. Está claro que, para aquel pobre joven, su mente había sido un infierno.

Pero si es tristemente cierto que Satanás solo vino para “hurtar, matar y destruir”, Cristo vino para que “tengamos vida”. ¿En qué consiste la vida plena que Cristo nos ofrece? El apóstol Juan nos responde: en tener paz interior, la paz verdadera que él nos da (14:27); en vivir amando a los demás (13:34); en creer en Jesús (20:31); en vivir con esperanza (11:26); en vencer con el amor el temor (1 Juan 4:18); en vivir en armonía con la Ley de Dios (15:10); en guardar una perfecta comunión con Jesús (1 Juan 5:12).

Pide a Dios que te ayude a vivir hoy como él espera.

31
julio

Cartas de Cristo

.....

“Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón”
(2 Corintios 3:3).

¿Qué es una carta viviente? ¿Quién y cómo han sido escritas las cartas a las que refiere el apóstol Pablo? Teniendo en cuenta el contexto, lo que Pablo quiso decir es que en todo tiempo, pero particularmente cuando surge la duda o se desdén la obra de Cristo en el mundo, nosotros, llamados a representarle ante los hombres hasta que vuelva, somos su carta abierta, viviente, probatoria, testimonio convincente de su bondad y verdad, el mejor argumento en favor o en contra de Cristo.

Una carta viviente es un mensaje enviado al mundo a través del testimonio de la vida de las personas llamadas cristianas. La iglesia es, en efecto, una carta, un certificado de Cristo, firmado por él, acreditado por él, del que se reconoce Autor y remitente, es la expresión viviente de una comunicación que Cristo quiere hacer a los hombres. Estas cartas dictadas por Cristo han sido escritas no con tinta, no por los hombres ni con métodos humanos, sino con el Espíritu de Dios que, como dijo Jesús a Nicodemo, cumple en nosotros una obra silenciosa, una transformación profunda asimilada a un nuevo nacimiento en Cristo Jesús: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17).

También la materia en la cual se ha escrito es una materia viviente, no en tablas de piedra como las de Moisés sino en el corazón de carne. Hubiese sido más lógico que Pablo comparase el corazón de carne en el que escribe el Espíritu Santo con el papel que normalmente se usaba para escribir cartas, pero quiso aludir de este modo a la nueva alianza en la que, como dice Jeremías, el Señor promete: “Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón” (Jer. 31:33).

Somos cartas de Cristo, mensajes de vida, de acciones que hablan con mayor poder que las palabras. ¿Somos siempre conscientes de ello? ¿Nos damos cuenta de la enorme responsabilidad que significa ser mensajeros de la verdad cristiana?

En este día, te invito a renovar tu fe en Cristo. Pídele que te ayude a representar dignamente el alto honor de ser un cristiano redimido para habitar en las mansiones celestiales.